



Miguel Hernández.

voces femeninas, es un trasunto puramente indicativo del drama. De ahí que, lógicamente, el tema de Miguel Hernández acabara prevaleciendo sobre el de la obra y fuera aquél el centro de la mayor parte de las palabras que se pronunciaron.

Importa recordar en este punto, que Manuel Muñoz Hidalgo —natural de Alcantarilla, actual vecino de Madrid, pero muy vinculado a Orihuela— es autor de una biografía del escritor alicantino y que ha dedicado muchas horas a hablar con quienes fueron sus amigos. Y, por supuesto, con quienes estuvieron al lado de Miguel en la prisión de Alicante. El hecho de que, concluida la lectura de unas cuantas escenas de "El tornillo", tomaran la palabra dos de ellos —más el escultor Víctor González Gil, que fue quien escondió al poeta en Madrid antes de que tomara la fatal decisión de volver a su tierra—, orientó claramente el sentido del acto. No se trataba de recordar sólo a Miguel Hernández, sino a cuantos, supervivientes o no, compañeros suyos de cárcel o no, compartieron su destino histórico.

Los antiguos amigos de Miguel no añadieron ningún dato

nuevo; pero, aun así, valió la pena oírles —al margen de su merecida condición de indirectos homenajeados— por todo lo que hubo en sus palabras de tratamiento antimítico del escritor. Incluso podría decirse que su testimonio cerró el paso a los peligros que suelen aparecer en este tipo de homenajes: la deshumanización del personaje recordado, su esquematización ideológica. Cosa que aun siendo perfectamente explicable —el personaje se convierte en una proyección idealizada de nuestras necesidades, repitiéndose el viejo mecanismo del culto a los santos—, no deja de ser contradictoria en casos como los de Miguel, de los hombres venerados desde supuestos que se definen semánticamente como materialistas.

Por fortuna, el drama de Muñoz Hidalgo no trata específicamente de la figura de Miguel. Si hay un personaje que se le asemeja, tanto por su condición de escritor como por las circunstancias de su muerte. Pero Muñoz Hidalgo, con buen tino, le ha dado otro nombre y ha propuesto una especie de identificación indirecta, salvando así su responsabilidad frente a todo lo que Miguel, más allá de su obra y de

su existencia, por las significaciones que ha ido asumiendo su nombre, es hoy en la vida española. El dramaturgo ha situado la acción en una celda y ha imaginado una serie de diálogos y personajes que, aun con la licencia de toda creación artística, se ajustan a la información recibida de quienes pasaron junto a Miguel sus últimos meses. La obra nos presenta a unos seres vencidos —con independencia del análisis ideológico que cada uno de ellos pueda hacer de esa derrota o de la entereza con que afronte las tentaciones y fatigas—, contradictorios, que en nada se parecen a los santos inquebrantables. Son, sencillamente, víctimas, a las que el autor ha tenido el respeto de no convertir en héroes de película; su verdad está en su lucha y en la interpretación política que nosotros hagamos de ella.

Muchos han sido quienes, como Miguel Hernández, pagaron duramente por sus ideas. Yo creo que es bueno y nos acerca a ellos el recordarles también en la humillación y la derrota, en la inseguridad y en el miedo, sin quedarnos solamente con el fuego de sus páginas más claras y con el gesto de sus horas más fir-

tada de materializar un texto dramático y porque, pese a la experiencia en estos menesteres de Fernando Dicenta —director de la lectura— y de quienes le acompañaron en la tarea, una selección de escenas, condicionada además por la ausencia de

El Centro Beaubourg, 100.000 metros cuadrados de cultura

"Empresa diabólica de un herrero atacado por delirios de grandeza", dijo en 1897 Guy de Maupassant ante la torre Eiffel, y Verlaine "no había visto cosa más horrible, más horrenda, más innoble". El Centro Pompidou (llamado ya más comúnmente Centro Beaubourg) está provocando semejantes reacciones e incandescentes polémicas.

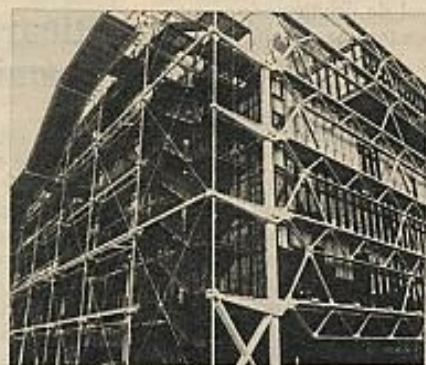
Su coste ha sido fabuloso: este enorme edificio de 45 metros de alto, de 150 de largo y 50 de ancho, en el que se ha utilizado el doble de estructuras metálicas que para la torre Eiffel, equivale a 100 kilómetros de autopista, y con los gastos de mantenimiento se podrían construir 50 liceos por año. Sólo la limpieza de cristales representa cuarenta millones de pesetas.

Centro Beaubourg, decía que le llamaban. Pero también se le conoce por "la refinería", "el trasatlántico", "la fábrica", "el supermercado del arte", etc., porque los arquitectos (el italiano Renzo Piano y el inglés Rogers, ganadores del concurso al que se presentaron 681 proyectos) decidieron ignorar completamente las reglas de la estética consagrada. Las "tri-

pas" del edificio: tubos de climatización, ascensores, montacargas, cables eléctricos con sus fundas, todo está en el exterior, formando parte de la fachada y con sus vivos colores convencionales. Esto le da ese aspecto de refinería o de cuadro de Fernand Léger, como dicen los menos malévolos.

Este sueño de Georges Pompidou, destinado a divulgar la cultura y a recuperar para París el primer lugar del mercado internacional del arte, cuenta con 100.000 metros cuadrados para exposiciones, cine, teatro, biblioteca e investigaciones musicales. Quince mil metros cuadrados están reservados a la biblioteca pública, que posee ya un millón de libros y puede acoger a 1.200 personas permanentemente. El museo dispone de 1.600 obras y de una capacidad de 1.100 personas. En total, el Centro Beaubourg puede acoger a 10.000 personas por día, en todas sus dependencias.

A pesar de todas esas cifras, el Centro Beaubourg es frágil. Ya antes de su inauguración, el ministro de la Cultura, Françoise Giroud, había emitido dudas acerca de la posibilidad de seguir manteniendo las subvenciones para su funcionamiento. Este mastodonte cultural absorberá el 10 por 100 del presupuesto total, ya escaso, dedicado a la cultura. Pero más difícil será aún que Beaubourg encuentre un espíritu. Creado por una voluntad superior y por deseos de "grandeur", le falta con-



vertirse en un lugar de emulación, de creación, del que surja un espíritu nuevo. Y el mayor reproche, aparte de los que se le dedican a su estética (al fin y al cabo, se dice, ya hay muchas fábricas en tinte, y con los tubos aparentes), se refiere a la consagración de París como centro artístico de Francia. Beaubourg va a reforzar más aún el desequilibrio cultural. Se necesitarían veinte Beaubourgs en todo el país, a escala local. Los partidos políticos han tomado posición ante el problema que les plantea estos 100.000 metros cuadrados de cultura climatizada, y el Partido Socialista está aterrado: "El verdadero amo de esa máquina es el poder que lo ha concebido, y que quiere conservar su control. Grandes problemas vamos a tener cuando la izquierda llegue al poder", dice. ■ RAMON CHAO. Foto: MARULL.